

Notas y Documentos

David Perry

Discurso de recepción a Tomás Gatica Martínez,
en el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe.

Señores:

Es tradición en el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, que el último socio incorporado a la institución reciba al nuevo socio que ingresa. A esta feliz circunstancia debo el honor de abrir la puerta de esta casa de la cultura y las virtudes árabes a Tomás Gatica Martínez, bien conocido por su larga y fecunda carrera literaria y por haber servido de animador de nuestras letras y actividades intelectuales. Este Círculo no es sólo un santuario de la belleza, sino también un templo de la amistad, pues los árabes se caracterizan por el cultivo de los sentimientos y especialmente el de la amistad. ¿Será tal vez que la soledad del desierto, sin más compañía que las estrellas rutilantes sobre las olas quietas de las dunas, hará que se aprecie hondamente la llegada y la presencia de un amigo, con quien se hablará de peregrinaciones lejanas, de las fabulosas ciudades del Oriente, donde reposan los recuerdos de civilizaciones milenarias?

Peregrino del desierto, morador de la soledad, confidente de las estrellas misteriosas, en el alma del beduino han florecido noblemente las virtudes del corazón. Cuando encuentro por las calles, atareadas y estrepitosas de Santiago, a Benedicto Chua-

qui, experimento la emoción del beduino que llega a un oasis, donde encuentra a otros peregrinos, que llevan también el alma saturada de silencio y de estrellas, con quienes conversa de emociones comunes, de los hogares lejanos, mientras los camellos, sobrios y pacientes, se abreban en el agua constelada de la cisterna. Benedicto Chuaqui ejerce sobre nosotros la fascinación de un jaique o un califa, que guarda en su memoria inagotable las tradiciones de la tribu, que es el jefe religioso de la colectividad, que ejerce sobre los hijos del desierto una autoridad paternal y bondadosa, los inicia en los secretos de la alquimia, la astrología y la quiromancia, en las tradiciones y leyendas que forman el acervo de la raza.

Benedicto Chuaqui es en nuestro país un hombre de excepción y merece ampliamente su cargo de Presidente del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe. La mayoría de sus obras están basadas en la sabiduría tradicional y proverbial de su pueblo. Ha escrito prolijos estudios de paremiología comparada, entre el árabe y el español, estableciendo las vinculaciones profundas y olvidadas que unen a los árabes, españoles y chilenos. Ha consagrado varias obras a la difusión de normas de belleza moral, cosa que pocos hacen, pues consideran que es preferible nutrir de presuntuosos conocimientos la cabeza antes de dar nobles y sencillas modalidades para la conducta. Entretanto, vamos llenando las altas divisiones de la sociedad de eruditos egoístas, de frívolos diletantes, de hombres atiborrados de conceptos, pero anquilosados para la acción. Chuaqui ha escrito «Por el bien de los hombres». Ha comprendido que las angustias en que se debate hoy la humanidad, se deben principalmente a la imperfección moral que gravita sobre las sociedades, como pesado lastre de la barbarie. Más lenta que la evolución anatómica ha sido la evolución espiritual del hombre, y la animalidad que antes se manifestaba en las garras y los colmillos, se exterioriza hoy en las pasiones. Sólo pueden conocer cierto grado de felicidad, ha dicho Chuaqui, los hombres que se pro-

ponen como norte de sus vidas la perfección moral. Los que quieren hacer de sus cuerpos instrumentos de deleites, los que buscan el paraíso de las sensaciones, tendrán alegrías torpes y precarias, que les dejarán un áspero sedimento de amargura. Habrán vendido la primogenitura por un plato de lentejas.

Se ha hecho a Benedito Chuaqui el cargo de haber reunido con su trabajo una fortuna. Es necesario remover este viejo prejuicio de creer que la riqueza material se opone a la espiritual y que el dinero se reúne con la avaricia y el egoísmo. Por el contrario, para organizar una empresa cualquiera, ya sea industrial o comercial, artística o literaria, lo primero es haberse organizado a sí mismo. Son cualidades intelectuales y morales las que permiten tomar la dirección de uno mismo y de los demás. El egoísta vive en un aislamiento inútil, que hace imposible toda organización y entendimiento con los demás. En esta edad de la técnica y la industria, Jesús no habría podido predicar la santa pobreza. Las sociedades modernas necesitan de riqueza material, no para que unos pocos se den bajos placeres superfluos, sino para organizar la producción en beneficio de todos. Esto no quiere decir que Chuaqui sea partidario de un ascetismo incoloro y frío, que se lance en una fanática imitación del anacoreta. Ello sería absurdo en este siglo del confort y de la elegancia del cuerpo y el espíritu. Pero los centros de interés en el hombre se desplazan hacia arriba. Cuando radican bajo la cintura, en el estómago y los órganos sexuales, se puede inferir que se ha evolucionado poco. Cuando suben al corazón y al cerebro, a los sentimientos y los ideales, el hombre principia a hallar un contenido más noble en sí mismo y en el universo. La circunscripción del interés de una vida a la propia conservación y la reproducción, revela una deficiencia de aptitudes, en que la vida sólo es capaz de atender a su propia conservación, sin considerar el mejoramiento del ambiente social, que forma la base, la perspectiva en que se desarrollan las existencias individuales y fatalmente las condicionan.

Es muy grato, pues, para mí, recibir en esta tienda del oasis, en este aduar de peregrinos de las rutas del tiempo y del espacio, donde irradian las claras virtudes de Benedicto Chuaqui, a un nuevo miembro como Tomás Gatica, calificado por tantos títulos y hermosas realizaciones para ingresar a este grupo selecto de escritores, soñadores y poetas.

Tomás Gatica es autor de numerosas novelas, bien conocidas y valoradas por el público y la crítica, tales como «La Cachetona», «El amor de Juan Nadal, en que ha proyectado su poderosa facultad de observación sobre nuestros tipos y costumbres, pintándolos con crudo realismo. Novelador sincero, ha mostrado las verdades al desnudo, levantando el pesado velo de los convencionalismos hipócritas que tratan en vano de disimular la fealdad de nuestras realidades sociales. Más de un hipócrita, más de un astuto simulador de virtudes, de esos que medran con los hechos y se escandalizan con las palabras, ha tocado a rebato las campanas del escándalo. Pero es preciso admitir que un novelista no es inmoral ni pornográfico cuando describe a una sociedad entregada a estas bajas satisfacciones sexuales. El novelista no debe ser juzgado por su tema, que se lo presenta la colectividad, que es un signo del tiempo, sino por las intenciones que lo mueven. Si trata de ayudar a los hombres a salir del charco en que se debaten, a darles un más noble sentido de la vida, entonces la culpa de las deformidades que aparezcan en la obra no es del novelista, como no es culpable el médico del chancro que extirpa con su bisturí. Por otra parte, ya Wilde dijo que una obra de arte no puede ser moral o inmoral; está simplemente bien o mal escrita, eso es todo.

Como crítico de arte Tomás Gatica ha realizado una obra considerable. Son admirables sus «Ensayos sobre poesía hispanoamericana», Para interpretar a los poetas hay que serlo a su vez. Obra de arte que tiene por tema otra obra de arte, la crítica de Gatica ha sido creadora, ha sido la crítica fecunda de las cualidades y no la crítica estéril de los defectos. Ha ayu-

dado a definir la fisonomía de nuestros poetas, los ideales que los mueven, su formación ancestral y subterránea, las ocultas y misteriosas corrientes que desembocan en ellos y les dan su personalidad espiritual. Del arte debemos estar hablando siempre, porque sin eso no existiría, ha dicho Wilde. Tomás Gatica ha hablado siempre de arte, haciéndolo vivir gracias a la imaginación y la emoción, ha contribuido a depurar las corrientes de nuestra lírica y a iniciar a muchos fieles en el culto de la belleza.

Sólo una pequeña parte de la producción de Gatica está impresa. Lo más está en ensayos, poemas, charlas y conferencias que ha ido desarrollando en el correr de los días. Siempre ha proyectado nueva luz en los temas abordados y ha dejado una estela fecunda de soluciones, no simplemente de inquietudes. No ha removido la tierra para que vuelva a cubrirse de malezas, sino para hacerla producir flores hermosas y nutritivos frutos. Pródigo de su talento, despilfarrador de sí mismo, ha dado su tiempo, su sabiduría y su emoción a todos los que pasan a su lado.

Uno de los mayores aportes de Gatica a nuestra vida espiritual ha sido la organización de los Servicios de Extensión Cultural y del Teatro Nacional. La cultura está llamada a hacer la felicidad de los hombres, y sólo por el camino de la cultura se puede llegar a la felicidad. Tomar medidas ambientales para el progreso intelectual y moral de un pueblo; poner la radio, el cine, el libro, al alcance de todos; hacer de estos elementos, que generalmente sólo sirven intereses comerciales, portadores de ideas, de conocimientos útiles y bellos, es echar las bases de la dignificación de un pueblo, acelerar su perfeccionamiento.

Como un beduino que sale a recibir a la entrada del aduar al peregrino que llega, me llevo la mano a la rodilla, signo de los caminantes que recorren los dilatados senderos del desierto, al corazón donde todo noble sentimiento arraiga, y a la frente

para dar fe de la pureza de mis pensamientos e intenciones, y hago pasar al recién llegado junto a Benedicto Chuaqui, el jefe de la tribu, para que el peregrino nos cuente sus maravillosos viajes por la vida y por el mundo, y luego nos quedemos en silencio, contemplando el brillo de las constelaciones en las aguas puras de la cisterna.